curecido tu apetito, tus aficiones secas y apretadas, e inhabilitadas tus potencias para cualquier ejercicio interior, no te penes por eso, antes lo ten a buena dicha; pues que te va Dios librando de ti misma, quitándote de las manos la hacienda; con los cuales, por bien que ellas te anduviesen, no obrarías tan cabal, perfecta y seguramente—a causa de la impureza y torpeza de ellas—como ahora, que tomando Dios la mano tuya, te guía a oscuras como a ciego, a donde y por donde tú sabes, ni jamás con tus ojos y pies, por bien que anduvieras, atinaras a caminar.

8. La causa también por qué el alma no sólo va *segura*, cuando así va a *oscuras*, sino aún se va más ganando y aprovechando, es porque comúnmente cuando el alma va recibiendo mejoría de nuevo y aprovechando, es por donde ella menos entiende, antes muy ordinario piensa que se va perdiendo. Porque, como ella nunca ha experimentado aquella novedad que la hace salir y deslumbrar y desatinar de su primer modo de proceder, antes piensa que se va perdiendo, que acertando y ganando, como ve que se pierde acerca de los que sabía y gustaba, y se va por donde no sabe ni gusta. Así como el caminante, que para ir a nuevas tierras no sabidas, va por nuevos caminos no sabidos ni experimentados, camina no guiado por lo que sabía antes, sino en dudas y por el dicho de otro, y claro está que éste no podría venir a nuevas tierras, ni saber más de lo que antes sabía, si no fuera por caminos nuevos nunca sabidos, y dejados los que sabía; ni más ni menos, el que va sabiendo más particularidades en un oficio o arte siempre va a oscuras, no por su saber primero, porque si aquél no dejase atrás, nunca saldría de él ni aprovecharía en más; así, de la misma ma-

nera, cuando el alma va más aprovechando, va a oscuras y no sabiendo. Por tanto, siendo, como habemos dicho, Dios aquí el maestro y guía de este ciego del alma, bien puede ella, ya que lo ha venido a entender, con verdad alegrarse y decir: *A oscuras, y segura.*

9. Otra causa también hay por qué en estas tinieblas ha ido el alma *segura*, y es porque ha ido padeciendo; porque el camino de padecer es más seguro y aún más provechoso que el de gozar y hacer; lo uno, porque en el padecer se le añaden fuerzas de Dios, y en el hacer y gozar ejercita el alma sus flaquezas e imperfecciones; y lo otro, porque en el padecer se van ejercitando y ganando las virtudes y purificando el alma y haciéndola más sabia y cauta.

10. Pero aquí hay otra más principal causa por qué aquí el alma *a oscuras* va *segura*, y es de parte de la dicha luz o sabiduría oscura; porque de tal manera la absorbe y embebe en sí esta oscura Noche de contemplación, y la pone tan cerca de Dios, que la ampara y libra de todo lo que no es Dios. Porque, como está puesta aquí en cura esta alma para que consiga su salud, que es el mismo Dios, tiénela Su Majestad en dieta y abstinencia de todas las cosas, estragado el apetito para todas ellas; bien así como para que sane el enfermo que en su casa es estimado, le tienen tan adentro guardado, que no le dejan tocar del aire ni aun el rumor de los de casa, y la comida muy delicada y muy por tasa y de substancia más que de sabor.

11. Todas estas propiedades—que todas son de seguridad y guarda del alma—causan en ella

esta oscura contemplación, porque ella está puesta más cerca de Dios. Porque cuanto el alma más a El se acerca, más oscuras tinieblas siente y más profunda oscuridad por su flaqueza; así como el que más cerca del sol llegase, más tinieblas y pena le causaría su grande resplandor por la flaqueza e impureza de sus ojos. De donde tan inmensa es la luz espiritual de Dios, y tanto excede al entendimiento natural, que cuando llega más cerca, le ciega y oscurece. Y ésta es la causa por qué en el salmo 17 dice David que *puso Dios por su escondrijo y cubierta las tinieblas, y su tabernáculo enrededor de sí, tenebrosa agua en las nubes del aire*. La cual *agua tenebrosa en las nubes del aire* es la oscura contemplación y Sabiduría divina en las almas, como vamos diciendo. Lo cual ellas van sintiendo como cosa que está cerca de El, como tabernáculo donde El mora, cuando Dios a Sí las va juntando. Y así, lo que en Dios es luz y claridad más alta, es para el hombre tiniebla más oscura, como dice san Pablo, según lo declara luego David en el mismo salmo (17, 13), diciendo: *Por causa del resplandor que está en su presencia, salieron nubes y cataratas*, conviene a saber, para el entendimiento natural, cuya luz, como dice Isaías en el capítulo 5 (v. 30), *obtenebrata est in caligine ejus*.

12. ¡Oh miserable suerte la de nuestra vida, donde con tanto peligro se vive y con tanta dificultad la verdad se conoce! Pues lo más claro y verdadero no es más oscuro y dudoso, y por eso huímos de ello, siendo lo que más nos conviene; y lo que más luce y llena nuestros ojos, lo abrazamos y vamos tras de ello, siendo lo que peor nos está y lo que a cada paso nos hace dar de ojos.

¡En cuánto peligro y temor vive el hombre, pues la misma lumbre de sus ojos natural con que se ha de guiar, es la primera que le encandila y engaña para ir a Dios! ¡Y que si ha de acertar a ver por dónde va, tenga necesidad de llevar cerrados los ojos e ir a oscuras para ir segura de los enemigos domésticos de su casa, que son sus sentidos y potencias!

13. Bien está, pues, el alma aquí escondida y amparada en esta *agua tenebrosa*, que está cerca de Dios. Porque así como al mismo Dios sirve de tabernáculo y morada, le servirá ni más ni menos al alma de otro tanto y de amparo perfecto y seguridad, aunque ella quede en tinieblas, en que está escondida y amparada de sí misma y de todos los daños de criaturas, como habemos dicho: porque de las tales se entiende lo que también David dice en otro salmo (30, 21), diciendo: *Esconderlos has en el escondrijo de tu rostro de la turbación de los hombres; ampararlos has en tu tabernáculo de la contradicción de las lenguas*. En lo cual se entiende toda manera de amparo; porque *estar escondidos en el rostro de Dios de la turbación de los hombres* es estar fortalecidos con esta oscura contemplación contra todas las ocasiones que de parte de los hombres les pueden sobrevenir. Y *estar amparados en su tabernáculo de la contradicción de las lenguas* es estar el alma engolfada en esta *agua tenebrosa*, que es *el tabernáculo* que habemos dicho de David. De donde, por tener el alma todos los apetitos y aficiones destetados y las potencias oscurecidas, está libre de todas las imperfecciones que contradicen al espíritu, así de su misma carne como de

las demás criaturas. De donde esta alma bien puede decir que va *a oscuras y segura.*

14. Hay también otra causa no menos eficaz que la pasada, para acabar bien de entender que esta alma va *segura a oscuras,* y es por la fortaleza que desde luego esta oscura, penosa y *tenebrosa agua de Dios* pone en el alma. Que, al fin, aunque es *tenebrosa,* es *agua,* y por eso no ha de dejar de reficionar y fortalecer al alma en lo que más le conviene, aunque a oscuras y penosamente. Porque, desde luego, ve el alma en sí una verdadera determinación y eficacia de no hacer cosa que entienda ser ofensa de Dios, ni dejar de hacer lo que le parece cosa de su servicio. Porque aquel amor oscuro se le pega con muy vigilante cuidado y solicitud interior de lo que hará o dejará de hacer por El para contentarle, mirando y dando mil vueltas si ha sido causa de enojarle; y todo esto con mucho más cuidado y solicitud que antes, como arriba queda dicho en lo de las ansias de amor. Porque aquí todos los apetitos y fuerzas y potencias del alma están recogidos de todas las demás cosas, empleando su conato y fuerza sólo en obsequio de su Dios. De esta manera sale el alma de sí misma y de todas las cosas criadas a la dulce y deleitosa unión de amor de Dios.

A oscuras, y segura
por la secreta escala, disfrazada.

CAPITULO 17

Explícase cómo esa oscura contemplación sea SECRETA.

1. Tres propiedades conviene declarar acerca de tres vocablos que contiene el presente verso. Las dos conviene a saber: *secreta y escala,* pertenecen a la Noche oscura de contemplación que vamos tratando; la tercera, conviene a saber, *disfrazada,* pertenece al alma por razón del modo que lleva en esta Noche.

Cuando a lo primero, es de saber que el alma llama aquí en este verso a esta oscura contemplación por donde ella va saliendo a la unión de amor, *secreta escala,* por estas dos propiedades que hay en ella, es a saber, ser secreta y ser escala; y diremos de cada una de por sí.

2. Primeramente llama *secreta* a esta contemplación tenebrosa, por cuanto, según habemos tocado arriba, ésta es la teología mística, que llaman los teólogos sabiduría secreta, la cual dice santo Tomás (2-2, q. 180, a. 1) que se comunica e infunde en el alma por amor. Lo cual acaece secretamente, a oscuras de la obra del entendimiento y de las demás potencias. De donde, por cuanto las dichas potencias no lo alcanzan, sino que el Espíritu Santo la infunde y *ordena en el alma,* como dice la Esposa en los Cantares (2, 4), sin ella saberlo, ni entender cómo sea, se llama *secreta.* Y a la verdad, no sólo ella no lo entiende, pero nadie, ni el mismo demonio; por cuanto el Maestro que la enseña está dentro del alma substancialmente, donde no puede llegar el demonio, ni el sentido natural, ni el entendimiento.

3. Y no sólo por eso se puede llamar *secreta*, sino también por los efectos que hace en el alma. Porque no solamente en las tinieblas y aprietos de la purgación, cuando esta sabiduría de amor purga al alma es secreta, por no saber decir de ella el alma nada; mas también después en la iluminación, cuando más a las claras se le comunica esta sabiduría, le es al alma tan secreta para decir, y ponerle nombre para decirlo, que demás de que ninguna gana le da al alma de decirlo, no halla modo ni manera ni símil que le cuadre para poder significar inteligencia tan subida y sentimiento espiritual tan delicado. Y así, aunque más gana tuviese de decirlo, y más significaciones trajese, siempre se quedaría secreto y por decir. Porque como aquella sabiduría interior es tan sencilla, tan general y espiritual que no entró al entendimiento envuelta ni paliada con alguna especie o imagen sujeta al sentido; de aquí es que el sentido e imaginativa—como no entró por ellas ni sintieron su traje y color—no saben dar razón ni imaginarla para decir algo de ella, aunque claramente ve el alma que entiende y gusta aquella sabrosa y peregrina sabiduría. Bien así como el que viese una cosa nunca vista, cuya semejante tampoco jamás vio, que aunque la entendiese y gustase, no la sabría poner nombre ni decir lo que es, aunque más hiciese, y esto con ser cosa que la percibió con los sentidos; cuánto menos, pues, se podrá manifestar lo que no entró por ellos. Porque esto tiene el lenguaje de Dios, que por ser él muy íntimo al alma y espiritual, que excede todo sentido, luego hace cesar y enmudecer toda la armonía y habilidad de los sentidos exteriores e interiores.

4. De lo cual tenemos autoridades y ejemplos juntamente en la divina Escritura. Porque la cor-

tedad del manifestarlo y hablarlo exteriormente mostró Jeremías (1, 6), cuando habiendo Dios hablado con él, no supo qué decir, sino *a a a.* Y la cortedad interior, esto es, del sentido interior de la imaginación, y juntamente la del exterior acerca de esto, también la manifestó Moisés delante de Dios en la zarza *(Ex.,* 4, 10), cuando no solamente dijo a Dios que después que hablaba con El no sabía ni acertaba a hablar; pero ni aun—según se dice en los Actos de los Apóstoles (7, 32)—con la imaginación interior no se atrevía a considerar, pareciéndole que la imaginación estaba muy lejos y muda, no sólo para formar algo con aquello que entendía en Dios, pero ni aun capacidad para recibir algo de ello. De donde por cuanto la sabiduría de esta contemplación es lenguaje de Dios al alma, de puro espíritu a espíritu puro, todo lo que es menos que espíritu, como son los sentidos, no lo perciben, y así les es secreto y no lo saben ni pueden decir, ni tienen gana porque no le ven.

5. De donde podemos sacar la causa por qué algunas personas que van por este camino, que por tener almas buenas y temerosas, querrían dar cuenta a quien las rige de lo que tienen, no saben ni pueden. De aquí tienen en decirlo grande repugnancia, mayormente cuando la contemplación es algo más sencilla, que la misma alma apenas la siente; pues sólo saben decir que el alma está satisfecha y quieta y contenta, y decir que sienten a Dios y que les va bien, a su parecer; mas no hay decir lo que el alma tiene ni la sacarán más que términos generales semejantes a éstos. Otra cosa es cuando las cosas que el alma tiene son particulares, como visiones, sentimientos, etc., las cuales como ordinariamente se reciben debajo de alguna especie en que partici-

pa el sentido, que entonces debajo de aquella especie se puede, o debajo de otra semejanza, decir. Pero este poderlo decir ya no es en razón de pura contemplación, porque ésta es indecible, como habemos dicho, y por eso se llama *secreta.*

6. Y no sólo por eso se llama y es *secreta,* sino porque también esta sabiduría mística tiene propiedad de esconder al alma en sí. Porque demás de lo ordinario, algunas veces de tal manera absorbe al alma y sume en su abismo secreto, que el alma echa de ver claro que está puesta alejadísima y remotísima de toda criatura; de suerte que le parece que la colocan en una profundísima y anchísima soledad, donde no puede llegar alguna humana criatura, como un inmenso desierto que por ninguna parte tiene fin; tanto más deleitoso, sabroso y amoroso, cuanto más profundo, ancho y solo, donde el alma se ve tan secreta cuanto se ve sobre toda temporal criatura levantada. Y tanto levanta entonces y engrandece este abismo de sabiduría el alma, metiéndola en las venas de la ciencia de amor, que la hace conocer, no solamente quedar muy baja toda condición de criatura acerca de este supremo saber y sentir divino, sino también echa de ver cuán bajos y cortos y en alguna manera impropios son todos los términos y vocablos con que en esta vida se trata de las cosas divinas, y cómo es imposible por vía y modo natural, aunque más alta y sabiamente se hable en ellas, poder conocer y sentir de ellas como ellas son, sino con la iluminación de esta mística teología. Y así, viendo el alma en la iluminación de ella esta verdad, de que no se puede alcanzar ni menos declarar con términos humanos ni vulgares, con razón la llama *secreta.*

7. Esta propidad de ser *secreta* y sobre la capacidad natural esta divina contemplación, tiénela, no sólo por ser cosa sobrenatural, sino también en cuanto es vía que guía y lleva al alma a las perfecciones de la unión de Dios; las cuales, como son cosas no sabidas humanamente, hase de caminar a ellas humanamente no sabiendo y divinamente ignorando. Porque, hablando místicamente, como aquí vamos hablando, las cosas y perfecciones divinas no se conocen ni entienden como ellas son cuando las van buscando y ejercitando, sino cuando las tienen halladas y ejercitadas. Porque a este propósito dice el profeta Baruc (3, 31) de esta Sabiduría divina: *No hay quien pueda saber sus vías, ni quien pueda pensar sus sendas.* También el profeta real, de este camino del alma dice de esta manera, hablando con Dios *(Ps.* 76, 19-20): *Tus ilustraciones lucieron y alumbraron a la redondez de la tierra, conmovióse y contremió la tierra. En el mar está tu vía, y tus sendas en muchas aguas, y tus pisadas no serán conocidas.* Todo lo cual, hablando espiritualmente, se entiende al propósito que vamos hablando. Porque *alumbrar las coruscaciones* de Dios a la redondez de la tierra, es la ilustración que hace esta divina contemplación en las potencias del alma: *conmoverse y tremer la tierra,* es la purgación penosa que en ella causa; y decir que *la vía* y el camino *de Dios* por donde el alma va a El, es *en el mar, y sus pisadas en muchas aguas* y que por eso *no serán* conocidas, es decir que este camino de ir a Dios es tan secreto y oculto para el sentido del alma, como lo es para el del cuerpo el que se lleva por la mar, cuyas sendas y pisadas no se conocen. Que esta propiedad tienen los pasos y pisadas que Dios va dando en las almas que

Dios quiere llegar a Sí, haciéndolas grandes en la unión de su sabiduría: que no se conocen. Por lo cual, en el libro de Job (37, 16) se dicen, encareciendo este negocio, estas palabras: *¿Por ventura has tú conocido las sendas de las nubes grandes, o las perfectas ciencias?* Entendiendo por esto las vías y caminos por donde Dios va engrandeciendo a las almas y perfeccionándolas en su sabiduría, las cuales son aquí entendidas por *las nubes*. Queda, pues, que esta contemplación que va guiando al alma a Dios, es sabiduría *secreta*.

CAPITULO 18

Declárase cómo esta sabiduría secreta sea también ESCALA.

1. Pero resta ahora de ver lo segundo, conviene a saber, cómo esta sabiduría secreta sea también *escala*. Acerca de lo cual es de saber que, por muchas razones, podemos llamar a esta secreta contemplación escala.

Primeramente, porque así como con la escala se sube y se escalan los bienes y tesoros y cosas que hay en las fortalezas, así también por esta secreta contemplación, sin saberse cómo, sube el alma a escalar, conocer y poseer los bienes y tesoros del cielo. Lo cual da bien a entender el real profeta David *(Sal.,* 83, 6), cuando dice: *Bienaventurado el que tiene tu favor y ayuda, porque en su corazón este tal puso sus subidas en el valle de lágrimas en el lugar que puso; porque de esta manera el Señor de la ley dará bendición, e irán de virtud en virtud como de grado en grado, y será visto el Dios de los dioses en Sión*, el cual es el

tesoro de la fortaleza de Sión, que es la bienaventuranza.

2. Podemos también llamarla *escala*, porque así como la escala esos mismos pasos que tiene para subir los tiene también para bajar; así también esta secreta contemplación esas mismas comunicaciones que hace al alma, que la levantan en Dios, la humillan en sí misma. Porque las comunicaciones que verdaderamente son de Dios, esta propiedad tienen, que de una vez humillan y levantan al alma. Porque en este camino el bajar es subir, y el subir es bajar, pues (*Lc.*, 14, 11) *el que se humilla es ensalzado y el que se ensalza es humillado*. Y demás de esto de que la virtud de la humildad es grandeza, para ejercitar al alma en ella suele Dios hacerla bajar para que suba, para que así se cumpla lo que dice el Sabio (*Prov.*, 17, 12), es a saber: *Antes que el alma sea ensalzada, es humillada; y antes que sea humillada, es ensalzada.*

3. Lo cual, hablando ahora naturalmente, echará bien de ver el alma que quisiere mirar en ello cómo en este camino—dejado aparte lo espiritual, que no se siente—cuántos altos y bajos padece, y cómo tras la prosperidad que goza, luego se sigue alguna tempestad y trabajo; tanto, que parece que le dieron aquella bonanza para prevenirla y esforzarla para la siguiente penuria; como también después de la miseria y tormenta se sigue abundancia y bonanza. De manera que le parece al alma que para hacerla aquella fiesta, la pusieron primero en aquella vigilia. Y éste es el ordinario estilo y ejercicios del estado de contemplación hasta llegar al estado quieto: que nunca per-

manece en un estado, sino todo es subir y bajar.

4. La causa de esto es que, como el estado de perfección, que consiste en perfecto amor de Dios y desprecio de sí mismo, no puede estar sino con estas dos partes, que son conocimiento de Dios y de sí mismo, de necesidad ha de ser el alma ejercitada primero en lo uno y en lo otro, dándole ahora a gustar lo uno engrandeciéndola, y haciéndola también probar lo otro humillándola, hasta que, adquiridos los hábitos perfectos, cese ya el subir y bajar, habiendo ya llegado y unídose con Dios, que está en el fin de esta escala, en quien la escala se arriba y estriba. Porque esta escala de contemplación, que, como habemos dicho, se deriva de Dios, es figurada por aquella escala que vio durmiendo Jacob *(Gen.*, 28, 12), por la cual subían y bajaban ángeles de Dios al hombre y del hombre a Dios, el cual estaba estribando en el extremo de la escala. Todo lo cual dice la Escritura divina que pasaba de noche y Jacob dormido, para dar a entender cuán secreto y diferente del saber del hombre es este camino y subida para Dios. Lo cual se ve bien, pues que ordinariamente lo que en él es de más provecho, que es irse perdiendo y aniquilando a sí mismo, tiene por peor; y lo que menos vale, que es hallar su consuelo y gusto, en que ordinariamente antes pierde que gana, eso lo tiene por mejor.

5. Pero hablando ahora algo más substancial y propiamente de esta escala de contemplación secreta, diremos que la principal propiedad por qué aquí se llama *escala*, es porque la contemplación es ciencia de amor, la cual, como habemos dicho, es noticia infusa de Dios amorosa, y que juntamente va ilustrando y enamorando al alma, hasta

subirla de grado en grado a Dios su Criador. Porque sólo el amor es el que une y junta al alma con Dios. De donde, para que más claro se vea, iremos aquí apuntando los grados de esta divina escala, diciendo con brevedad las señales y efectos de cada uno, para que por allí pueda conjeturar el alma en cuál de ellos estará; y así los distinguiremos por sus efectos, como hacen san Bernardo y santo Tomás; y porque conocerlos en sí, por cuanto esta escala de amor es, como habemos dicho, tan secreta, que sólo Dios es el que la mide y pondera, no es posible por vía natural.

CAPITULO 19

Comienza a explicar los diez grados de la escala mística de amor divino, según san Bernardo y santo Tomás.—Pónense los cinco primeros.

1. Decimos, pues, que los grados de esta escala de amor por donde el alma de uno en otro va subiendo a Dios, son diez:

El primer grado de amor hace enfermar al alma provechosamente. En este grado de amor habla la Esposa cuando dice *(Cant.,* 5, 8): *Conjúroos, hijas de Jerusalén, que si encontráredes a mi Amado, le digáis que estoy enferma de amor.* Pero *(Jn.,* 11, 4) *esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios;* porque en esta enfermedad desfallece el alma al pecado y a todas las cosas que no son Dios, por el mismo Dios, como David *(sal.* 142, 7) testifica diciendo: *Desfalleció mi alma,* esto es, acerca de todas las cosas a tu salud. Porque así como el enfermo pierde el apetito y gusto de todos los manjares y muda el color primero, así

también en este grado de amor pierde el alma el gusto y apetito de todas las cosas y muda como amante el color y accidente de la vida pasada. Esta enfermedad no cae en ella el alma si de arriba no le envían el exceso del calor, según se da a entender por este verso de David (*Sal.* 67, 10), que dice: *Pluviam voluntariam segregabis, Deus, haereditato tuae, et infirmata est*; etc.

Esta enfermedad y desfallecimiento a todas las cosas, que es el principio y primer grado para ir a Dios, bien le habemos dado a entender arriba, cuando dijimos la aniquilación en que se ve el alma cuando comienza a entrar en esta escala de purgación contemplativa, cuando en ninguna cosa puede hallar gusto, arrimo, ni consuelo, ni asiento. Por lo cual de este grado luego va comenzando a subir al segundo grado.

2. El segundo grado hace al alma buscar sin cesar a Dios. De donde cuando la Esposa dice (*Cant.*, 3, 2) que *buscándole de noche en su lecho* —cuando según el primer grado de amor estaba desfallecida—, *y no lo halló, dijo: Levantarme he, y buscaré al que ama mi alma.* Lo cual, como decimos, el alma hace sin cesar, como lo aconseja David (*Sal.* 104, 4) diciendo: *Buscad siempre la cara de Dios;* y buscándole en todas las cosas, en ninguna repara hasta hallarle. Como la Esposa, que, en preguntando por Él a las guardas, luego pasó y las dejó. María Magdalena ni aun en los ángeles del sepulcro reparó (*Jn.*, 20, 14). Aquí en este grado tan solícita anda el alma, que en todas las cosas busca el Amado; en todo cuanto piensa, luego piensa en el amado; en cuanto habla, en todos cuantos negocios se ofrecen, luego es hablar y tratar del Amado; cuando come, cuando duerme, cuando vela, cuando hace cualquiera cosa,

todo su cuidado es en el Amado, según arriba queda dicho en las ansias del amor. Aquí, como va ya el amor convaleciendo y cobrando fuerza en el amor de este segundo grado, luego comienza a subir al tercero por medio de algún grado de nueva purgación en la Noche, como después diremos, el cual hace en el alma los efectos siguientes.

3. El tercer grado de la escala amorosa es el que hace al alma obrar y le pone calor para no faltar. De éste dice el real profeta (111, 1): *Bienaventurado el varón que teme al Señor, porque en sus mandamientos codicia obrar mucho.* Donde si el temor, por ser hijo del amor, le hace esta obra de codicia, ¿qué hará el mismo amor? En este grado las obras grandes por el Amado tiene por pequeñas, las muchas por pocas, el tiempo en que le sirve por corto, por el incendio de amor en que ya va ardiendo. Como a Jacob, que con haberle hecho servir siete años sobre otros siete, *le parecían pocos por la grandeza del amor (Gen.,* 29, 20). Pues si el amor en Jacob, con ser de criatura, tanto podía, ¿qué podrá el del Criador cuando en este tercer grado se apodera del alma? Tiene el alma aquí, por el grande amor que tiene a Dios, grandes lástimas y penas de lo poco que hace por Dios; y si le fuese lícito deshacerse mil veces por Él, estaría consolada. Por eso se tiene por inútil en todo cuanto hace, y le parece vive de balde. Y hácele aquí otro efecto admirable, y es que se tiene por más mala averiguadamente para consigo que todas las otras almas: lo uno, porque le va el amor enseñando lo que merece Dios; y lo otro, porque como las obras que aquí hace por Dios son muchas, y todas las conoce por faltas e imperfectas, de todas saca confusión y pena, conociendo tan baja manera de obrar por un tan alto Señor. En este

tercer grado, muy lejos va el alma de tener vanagloria o presunción y de condenar a los otros. Estos solícitos efectos causa en el alma, con otros muchos a este talle, este tercer grado; y por eso en él cobra ánimo y fuerzas para subir hasta el cuarto, que es el que sigue.

4. El cuarto grado de esta escala de amor es en el cual se causa en el alma, por razón del Amado, un ordinario sufrir sin fatigarse. Porque, como dice san Agustín (1), todas las cosas grandes, graves y pesadas, casi ningunas las hace el amor. En este grado hablaba la Esposa cuando, deseando ya verse en el último, dijo al Esposo *(Cant.*, 8, 5): *Ponme como señal en tu corazón, como señal en tu brazo; porque la dilección*, esto es, el acto y obra de amor, *es fuerte como la muerte, y dura* [*la*] *emulación y porfía como el infierno.* El espíritu aquí tiene tanta fuerza, que tiene tan sujeta a la carne y la tiene tan en poco, como el árbol a una de sus hojas. En ninguna manera aquí el alma busca su consuelo ni gusto, ni en Dios ni en otra cosa; ni anda deseando ni pretendiendo pedir mercedes a Dios, porque ve claro que hartas le tiene hechas, y queda todo su cuidado en cómo podrá dar algún gusto a Dios y servirle algo por lo que Él merece y de Él tiene recibido, aunque fuese muy a su costa. Dice en su corazón y espíritu: «¡Ay Dios y Señor mío!, cuán muchos hay que andan a burcar en i su consuelo y gusto y a que les concedas mercedes y dones; mas los que a Ti pretenden dar gusto y darte algo a su costa, pospuesto su particular, son muy pocos; porque no está la falta, Dios mío, en no nos querer Tú hacer mercedes de nuevo, sino en no emplear nosotros

(1) Serm. 9, *De verbis Domini in Mt.*

las recibidas sólo en tu servicio, para obligarte a que nos las hagas de continuo.»

Harto levantado es este grado de amor; porque como aquí el alma con tan verdadero amor se anda siempre tras Dios con espíritu de padecer por Él, dale su Majestad muchas veces y muy de ordinario el gozar, visitándola en el espíritu sabrosa y deleitablemente; porque el inmenso amor del Verbo, Cristo, no puede sufrir penas de su amante sin acudirle. Lo cual por Jeremías (2, 2) afirmó Él, diciendo: *Acordádome he de ti, apiadándome de tu adolescencia y ternura cuando me seguiste en el desierto.* Que hablando espiritualmente, es el desarrimo que aquí interiormente trae el alma de toda criatura, no parando ni quietándose en nada. Este cuarto grado inflama de tal manera al alma y la enciende en tal deseo de Dios, que la hace subir al quinto, el cual es el que se sigue.

5. El quinto grado de esta escala de amor hace al alma apetecer y codiciar a Dios impacientemente. En este grado el amante tanta es la vehemencia que tiene por comprender al Amado y unirse con Él, que toda dilación, por mínima que sea, se le hace muy larga, molesta y pesada, y siempre piensa que halla al Amado; y cuando ve frustrado su deseo—lo cual es casi a cada paso—, desfallece en su codicia, según hablando en este grado lo dice el Salmista (83, 2), diciendo: *Codicia y desfallece mi alma a las moradas del Señor.* En este grado el amante no puede dejar de ver lo que ama, o morir; en el cual, Raquel, por la gran codicia que a los hijos tenía, dijo a Jacob su esposo *(Gen.*, 30, 1): *Dame hijos; si no, yo moriré (Ps.* 58, 7). *Padecen aquí hambre como canes y cercan y rodean la ciudad de Dios.* En este hambriento grado se ceba el alma en amor; porque según la

hambre es la hartura, de manera que de aquí puede subir al sexto grado, que hace los efectos que se siguen.

CAPITULO 20

Pónense los otros cinco grados de amor.

1. El sexto grado hace correr al alma ligeramente a Dios y dar muchos toques en Él, y sin desfallecer corre por la esperanza: que aquí el amor que la ha fortificado, la hace volar ligera. En el cual grado también dice el profeta Isaías (40, 31) aquello: *Los santos que esperan en Dios mudarán la fortaleza; tomarán alas como de águila, volarán y no desfallecerán*, como hacían en el grado quinto. A este grado pertenece también aquello del salmo (41, 2): *Así como el ciervo desea las aguas, mi alma desea a Ti, Dios.* Porque el ciervo en la sed con gran ligereza corre a las aguas. La causa de esta ligereza en amor, que tiene el alma en este grado, es por estar ya muy dilatada la caridad en ella, por estar aquí el alma poco menos que purificada del todo, como se dice también en el salmo (58, 5), es a saber: *Sine iniquitate cucurri.* Y en otro salmo (118, 32): *El camino de tus mandamientos corrí cuando dilataste mi corazón;* y así, desde este sexto grado se pone luego en el séptimo, que es el que sigue.

2. El séptimo grado de esta escala hace atrever al alma con vehemencia. Aquí el amor no se aprovecha del juicio para esperar, ni usa del consejo para se retirar, ni con vergüenza se puede enfrenar; porque el favor que ya Dios hace aquí al alma, la hace atrever con vehemencia. De donde

se sigue lo que dice el Apóstol (1 *Cor.*, 13, 7), y es que *la caridad todo lo cree, todo lo espera y todo lo puede.* De este grado habló Moisés, cuando dijo a Dios *(Ex.*, 32, 31) que *perdonase al pueblo, y si no, que le borrase a él del libro de la vida en que le había escrito.* Estos alcanzan de Dios lo que con gusto le piden. De donde dice David *(sal.* 36, 4): *Deléitate en Dios, y darte ha las peticiones de tu corazón.* En este grado se atrevió la Esposa, y dijo *(Cant.*, 1, 1): *Osculetur me osculo oris sui.* A este grado no le es lícito al alma atreverse, si no sintiese el favor anterior *del cetro del Rey inclinado para ella (Ester,* 4, 11); porque por ventura no caiga de los demás grados que hasta allí ha subido, en los cuales siempre se ha de conservar con humildad. De esta osadía y mano que Dios le da al alma en este séptimo grado para atreverse a Dios con vehemencia de amor, se sigue el octavo, que es hacer ella presa en el Amado y unirse con Él, según se sigue.

3. El octavo grado de amor hace al alma asir y apretar sin soltar, según la Esposa dice en esta manera *(Cant.*, 3, 4): *Hallé al que ama mi corazón y ánima; túvele y no le soltaré.* En este grado de unión satisface el alma su deseo, mas no de continuo; porque algunos llegan a poner el pie y luego le vuelven a quitar; porque si durase, sería cierta gloria en esta vida, y así muy pocos espacios pasa el alma en él. Al profeta Daniel (10, 11), por ser *varón de deseos,* se le mandó de parte de Dios que permaneciese en este grado, diciéndole: *Daniel, está sobre tu grado, porque eres varón de deseos.* De este grado se sigue el nono, que es ya el de los perfectos, como diremos después, que es el que se sigue.

4. El nono grado de amor hace arder al alma

con suavidad. Este grado es el de los perfectos, los cuales arden ya en Dios suavemente. Porque este ardor suave y deleitoso les causa el Espíritu Santo por razón de la unión que tienen con Dios. Por eso dice san Gregorio (1) de los Apóstoles, que cuando el Espíritu Santo visiblemente vino sobre ellos, que interiormente ardieron por amor suavemente. De los bienes y riquezas de Dios que el alma goza en este grado no se puede hablar: porque si de ello se escribiesen muchos libros, quedaría lo más por decir. Del cual, por esto y porque después diremos alguna cosa, aquí no digo más sino que de éste sigue el décimo y último grado de esta escala de amor, que ya no es de esta vida.

5. El décimo y último grado de esta escala secreta de amor hace al alma asimilarse totalmente a Dios, por razón de la clara visión de Dios que luego posee inmediatamente el alma, que habiendo llegado en esta vida al nono grado, sale de la carne. Porque éstos, que son pocos, por cuanto ya por el amor están purgadísimos, no entran en el purgatorio. De donde san Mateo (5, 8) dice: *Beati mundo corde: quaniam ipsi Deum videbunt*. Y, como decimos, esta visión es la causa de la similitud total de alma con Dios, porque así lo dice san Juan (1 *Jn.*, 3, 2), diciendo: *Sabemos que seremos semejantes a Él.* No porque el alma se hará tan capaz como Dios, porque eso es imposible; sino porque todo el que ella es se hará semejante a Dios; por lo cual se llamará, y lo será, *Dios por participación.*

6. Esta es la escala secreta que aquí dice el alma; aunque ya en estos grados de arriba no es

(1) *Homil.* 30 *in Evang.*

muy secreta para el alma, porque mucho se le descubre el amor por los grandes efectos que en ella hace. Mas en este último grado de clara visión, que es lo último de la escala donde estriba Dios, como ya dijimos, ya no hay cosa para el alma encubierta, por razón de la total asimilación. De donde nuestro Salvador dice *(Jn.,* 16, 23): *En aquel día ninguna cosa me preguntaréis,* etc.; pero hasta este día, todavía, aunque el alma más alta vaya, le queda algo encubierto, y tanto cuanto le falta para la asimilación total con la divina esencia. De esta manera, por esta teología mística y amor secreto, se va el alma saliendo de todas las cosas y de sí misma, y subiendo a Dios. Porque el amor es asimilado al fuego, que siempre sube hacia arriba, con apetito de engolfarse en el centro de su esfera.

CAPITULO 21

Declárase esta palabra: DISFRAZADA, *y dícense los colores del disfraz del alma en esta Noche.*

1. Resta, pues, ahora, después que habemos declarado las causas por qué el alma llamaba a esta contemplación *secreta escala,* declarar también acerca de la tercera palabra del verso, conviene a saber, *disfrazada,* por qué causa también dice el alma que ella salió por esta *secreta escala, disfrazada.*

2. Para inteligencia de esto conviene saber que disfrazarse no es otra cosa que disimularse y encubrirse debajo de otro traje y figura que de suyo tenía, ahora para debajo de aquella forma o traje mostrar de fuera la voluntad y pretensión que en el corazón tiene para ganar la gracia y voluntad

de quien bien quiere, ahora también para encubrirse de sus émulos, y así poder hacer mejor su hecho. Y entonces aquellos trajes y librea toma que más represente y signifique la afición de su corazón, y con que mejor se pueda acerca de los contrarios disimular.

3. El alma, pues, aquí tocada del amor del Esposo Cristo, pretendiendo caerle en gracia y ganarle la voluntad, aquí sale disfrazada con aquel disfraz que más al vivo represente las aficiones de su espíritu, y con que más segura vaya de los adversarios suyos y enemigos, que son demonio, mundo y carne. Y así, la librea que lleva es de tres colores principales, que son: blanco, verde y colorado: por los cuales son denotadas las tres virtudes teologales, que son: fe, esperanza y caridad, con las cuales no solamente ganará la gracia y voluntad de su Amado, pero irá muy amparada y segura de sus tres enemigos.

Porque la fe es una túnica interior de una blancura tan levantada, que disgrega la vista de todo entendimiento. Y así, yendo el alma vestida de fe, no ve ni atina el demonio a empecerla, porque con la fe va muy amparada, más que con todas las virtudes, contra el demonio, que es el más fuerte y astuto enemigo.

4. Que por eso san Pedro no halló otro mayor amparo que ella para librarse de él, cuando dijo (1 *Petr.*, 5, 9): *Cui resistite fortes in fide.* Y para conseguir la gracia y unión del Amado, no puede el alma ponerse mejor túnica y camisa interior para fundamento y principio de las demás vestiduras de virtudes, que esta blancura de *fe,* porque *sin ella,* como dice el Apóstol *(Hebr.,* 11, 6), *imposible es agradar a Dios,* y con ella es imposible

dejarle de agradar, pues Él mismo dice por un profeta *(Os.*, 2, 20): *Sponsabo te mihi in fide*. Que es como decir: Si te quieres, alma, unir y desposar conmigo, has de venir interiormente vestida de fe.

5. Esta blancura de fe llevaba el alma en la salida de esta Noche oscura, cuando, caminando, como habemos dicho arriba, en tinieblas y aprietos interiores, no dándole su entendimiento algún alivio de luz, ni de arriba, pues le parecía el cielo cerrado y Dios escondido, ni de abajo, pues los que le enseñaban, no le satisfacían, sufrió con constancia y perseveró, pasando por aquellos trabajos sin desfallecer y faltar al Amado; el cual, en los trabajos y tribulaciones, prueba la fe de su Esposa, de manera que pueda ella después con verdad decir aquel dicho de David *(Sal.* 16, 4), es a saber: *Por las palabras de tus labios yo guardé caminos duros.*

6. Luego sobre esta túnica blanca de fe se sobrepone aquí el alma el segnudo color, que es una almilla de verde. Por el cual, como dijimos, es significada la virtud de la esperanza, con la cual, cuanto a lo primero, el alma se libra y ampara del segundo enemigo, que es el mundo. Porque esta verdura de esperanza viva en Dios da al alma una tal viveza y animosidad y levantamiento a las cosas de la vida eterna, que, en comparación de lo que allí espera, todo lo del mundo le parece, como es la verdad, seco y lacio y muerto y de ningún valor. Aquí se desnuda y despoja de todas estas vestiduras y trajes del mundo, no poniendo su corazón en nada ni esperando nada de lo que hay o ha de haber en él, viviendo solamente vestida de esperanza de vida eterna. Por lo cual, teniendo el

corazón tan levantado del mundo, no sólo no le puede tocar y asir el corazón, pero ni alcanzarle de vista.

7. Y así, con esta verde librea y disfraz va el alma muy segura de este segundo enemigo, que es el mundo. Porque a la esperanza llama san Pablo (1 *Tes.*, 5, 8) *yelmo de salud*, que es una arma que ampara toda la cabeza y la cubre de manera que no le queda descubierto sino una visera por donde ver. Y eso tiene la esperanza, que todos los sentidos de la cabeza del alma cubre, de manera que no se engolfen en cosa ninguna del mundo, ni le quede por donde les pueda herir alguna saeta del siglo; sólo le deja una visera para que los ojos puedan mirar hacia arriba, y no más; que es el oficio que de ordinario hace la esperanza en el alma, que es levantar los ojos sólo a mirar a Dios, como lo dice David (*Sal.* 24, 5) que hacía en él cuando dijo: *Oculi mei semper ad Dominum*, no esperando bien ninguno de otra parte, sino como él mismo en otro salmo (122, 2) dice: Que *así como los ojos de la sierva están puestos en las manos de su señora, así los nuestros en nuestro Señor Dios, hasta que se apiade de nosotros*, esperando en Él.

8. Por esta causa, de esta librea verde—porque siempre está mirando a Dios, y no pone los ojos en otra cosa ni se paga sino sólo de Él—, se agrada tanto el Amado del alma, que es verdad decir que tanto alcanza de Él cuando ella de Él espera. Que por eso el Esposo en los Cantares (4, 9) le dice a ella que *en solo el mirar de un ojo le llegó el corazón*. Sin esta librea verde de sola esperanza de Dios no le convenía al alma salir a esta pretensión de amor, porque no alcanzara nada, por

cuanto la que mueve y vence es la esperanza porfiada.

9. De esta librea de esperanza va *disfrazada* el alma por esta secreta y oscura Noche que habemos dicho; pues que va tan vacía de toda posesión y arrimo, que no lleva los ojos en otra cosa ni el cuidado si no es en Dios, *poniendo en el polvo su boca, si por ventura hubiese esperanza,* como entonces alegamos de Jeremías *(Tren.,* 3, 29).

10. Sobre el blanco y verde, para el remate y perfección de este disfraz y librea, lleva el alma aquí el tercer color, que es una excelente toga colorada. Por la cual es denotada la tercera virtud, que es caridad, con la cual no solamente da gracia a los otros dos colores, pero hace levantar tanto al alma de punto, que la pone cerca de Dios, tan hermosa y agradable, que se atreve ella a decir *(Cant.,* 1, 4): *Aunque soy morena, oh hijas de Jerusalén, soy hermosa; y por eso me ha amado el Rey, y me ha metido en su lecho.* Con esta librea de caridad, que es ya la del amor, que en el Amado hace más amor, no sólo se ampara y encubre el alma del tercer enemigo, que es la carne—porque donde hay verdadero amor de Dios no entra amor de sí ni de sus cosas—; pero aun hace válidas a las demás virtudes, dándoles vigor y fuerza para amparar al alma, y gracia y donaire para agradar al Amado con ellas; porque sin caridad ninguna virtud es graciosa delante de Dios. Porque ésta es *la púrpura* que se dice en los Cantares (3, 10), *sobre que se recuesta Dios.* De esta librea colorada va el alma vestida, cuando—como arriba queda declarado en la primera canción—en la Noche oscura sale de sí, y de todas las cosas criadas.

Con ansias en amores inflamada

por esta secreta escala de contemplación, a la perfecta unión de amor de Dios, su amada salud.

11. Este, pues, es el disfraz que el alma dice que lleva en la Noche de fe por esta secreta escala, y éstos son los tres colores de él. Los cuales son una acomodadísima disposición para unirse el alma con Dios, según sus tres potencias, que son entendimiento, memoria y voluntad. Porque la fe vacía y oscurece al entendimiento de toda su inteligencia natural, y en esto le dispone para unirle con la Sabiduría divina. Y la esperanza vacía y aparta la memoria de toda posesión de criatura, porque, como dice san Pablo *(Rom.*, 8, 24), *la esperanza es de lo que no se posee;* y así aparta la memoria de lo que se puede poseer, y pónela en lo que espera. Y por esto la esperanza de Dios sólo dispone puramente a la memoria para unirla con Dios. La caridad, ni más ni menos, vacía y aniquila las aficiones y apetitos de la voluntad de cualquiera cosa que no es Dios, y sólo los pone en Él; y así esta virtud dispone a esta potencia y le une con Dios por amor. Y así, porque estas virtudes tienen por oficio apartar al alma de todo lo que es menos que Dios, lo tienen consiguientemente de juntarla con Dios.

12. Y así, sin caminar a las veras con el traje de estas tres virtudes, es imposible llegar a la perfección de unión con Dios por amor. De donde, para alcanzar el alma lo que pretendía, que era esta amorosa y deleitosa unión con su Amado, muy necesario y conveniente traje y disfraz fue éste que tomó el alma. Y también, atinársele a vestir y perseverar con él hasta conseguir pretensión y fin tan deseado como era la unión de amor, fue gran ventura, y por eso dice luego este verso:

¡Oh dichosa ventura-

CAPITULO 22

Explícase el tercer verso de la segunda canción.

1. Bien claro está que le fue *dichosa ventura* al alma salir con una tal empresa como ésta; su salida fue en la cual se libró del demonio y del mundo, y de su misma sensualidad, como habemos dicho; y alcanzada la libertad preciosa y deseada de todos, del espíritu, salió de lo bajo a lo alto; de terrestre se hizo celestial, y de humana, divina, viniendo a tener su conversación en los cielos, como acaece en este estado de perfección al alma, como en lo restante se irá diciendo, aunque ya con alguna más brevedad.

2. Porque lo que era de más importancia, y por lo que yo principalmente me puse en esto, que fue por declarar esta Noche a muchas almas que pasando por ella estaban de ella ignorantes, como en el prólogo se dice, está ya medianamente declarado, y dado a entender—aunque harto menos de lo que ello es—, cuántos sean los bienes que consigo trae al alma, y cuán *dichosa ventura* le sea al que por ella pasa, para que cuando se espantaren con el horror de tantos trabajos, se animen con la cierta esperanza de tantos y tan aventajados bienes de Dios como en ella se alcanzan.

Y también, demás de esto, le fue *dichosa ventura* al alma, por lo que dice luego en el verso siguiente, es a saber:

A oscuras y en celada.

CAPITULO 23

Declárase el cuarto verso.—Dice el admirable escondrijo en que es puesta el alma en esta Noche, y cómo, aunque el demonio tiene entrada en otros muy altos, no en éste.

1. *En celada* es tanto como decir: en escondido, o en encubierto; y así, lo que aquí dice el alma, conviene a saber, que

A oscuras y en celada.

salió, es más cumplidamente dar a entender la gran seguridad que ha dicho en el primer verso de esta canción que lleva por medio de esta oscura contemplación en el camino de la unión de amor de Dios.

2. Decir, pues, el alma: *A oscuras y en celada*, es decir que, por cuanto iba a oscuras de la manera dicha, iba encubierta y escondida del demonio, y de sus cautelas y asechanzas.

La causa por qué el alma en la oscuridad de esta contemplación va libre y escondida de las asechanzas del demonio, es porque la contemplación infusa que aquí lleva se infunde pasiva y secretamente en el alma a excusa de los sentidos y potencias interiores y exteriores de la parte sensitiva. y de aquí es que no sólo del impedimento que con su natural flaqueza le pueden ser estas potencias, va escondida y libre, sino también del demonio; el cual, si no es por medio de estas potencias de la parte sensitiva, no puede alcanzar ni conocer lo que hay en el alma ni lo que en ella pasa. De donde, cuanto la comunicación es más espiri-

tual, interior y remota de los sentidos, tanto menos el demonio alcanza a entenderla.

3. Y así, es mucho lo que importa para la seguridad del alma que el trato interior con Dios sea de manera que sus mismos sentidos de la parte inferior queden a oscuras y ayunos de ello y no lo alcancen: lo uno, porque haya lugar a que la comunicación espiritual sea más abundante, no impidiendo la flaqueza de la parte sensitiva la libertad del espíritu; lo otro, porque, como decimos, va más segura, no alcanzando el demonio tan aden tro. De donde podemos entender a este propósito aquella autoridad de nuestro Salvador (*Mt.*, 6, 3), hablando espiritualmente, conviene a saber: *No sepa tu siniestra lo que hace tu diestra*. Que es como si dejera: Lo que pasa en la parte diestra, que es la superior y espiritual del alma, no lo sepa la siniestra; esto es, sea de manera que la porción inferior de tu alma, que es la parte sensitiva, no lo alcance; sea sólo secreto entre el espíritu y Dios.

4. Bien es verdad que muchas veces, cuando hay en el alma y pasan estas comunicaciones espirituales muy interiores y secretas, aunque el demonio no alcance cuáles y cómo sean, por la gran pausa y silencio que causan algunas de ellas en los sentidos y potencias de la parte sensitiva, por aquí echar de ver que las hay, y que recibe el alma algún bien. Y entonces, como ve que no puede alcanzar a contradecirlas al fondo del alma, hace cuanto puede por alborotar y turbar la parte sensitiva —que es donde alcanza—, ahora con dolores, ahora con horrores y miedos, con intento de inquietar y turbar por este medio a la parte superior y espiritual del alma, acerca de aquel bien que enton-

ces recibe y goza. Pero muchas veces, cuando la comunicación de la tal contemplación tiene su puro embestimiento en el espíritu y hace fuerza en él, no le aprovecha al demonio su diligencia para desquitarle, antes entonces el alma recibe nuevo provecho y mayor y más segura paz; porque en sintiendo la turbadora presencia del enemigo, ¡cosa admirable!, que sin saber cómo es aquello, y sin ella hacer nada de su parte, se entra ella más adentro del fondo interior, sintiendo ella muy bien que se pone en cierto refugio, donde se ve estar más alejada y escondida del enemigo y allí aumentársele la paz y el gozo que el demonio le pretende quitar. Y entonces todo aquel temor le cae por defuera, sintiéndole ella claramente, y holgándose de verse tan a lo seguro gozar de aquella quieta paz y sabor del Esposo escondido, que ni mundo ni demonio puede dar ni quitar, sintiendo allí el alma la verdad de lo que la Esposa a este propósito dice en los Cantares (3, 7-8), es a saber: *Mirad que al lecho de Salomón cercan sesenta fuertes*, etc., *por los temores de la noche.* Y esta fortaleza y paz siente, aunque muchas veces siente atormentar la carne y los huesos por defuera.

5. Otras veces, cuando la comunicación espiritual no comunica mucho en el espíritu, sino que participa en el sentido, con más facilidad alcanza el demonio a turbar el espíritu y alborotarle por medio del sentido con estos horrores. Y entonces es grande el tormento y pena que causa en el espíritu, y algunas veces más de lo que se puede decir; porque como va de espíritu a espíritu desnudamente, es intolerable el horror que causa el malo en el bueno, digo en el del ánima, cuando le alcanza su alboroto. Lo cual también da a entender la Esposa en los Cantares (6, 10), cuando dice haberle

a ella acaecido así, al tiempo que quería descender al interior recogimiento a gozar de estos bienes, diciendo: *Descendí al huerto de las nueces para ver las manzanas de los valles, y si había florecido la viña; no supe; conturbóme mi alma por las cuadrigas*, esto es, por los carros, *y estruendos de Aminadab*, que es el demonio.

6. Otras veces acaece, y esto *cuando es por medio del ángel bueno*, que algunas veces el demonio echa de ver algunas mercedes que Dios quiere hacer al alma; porque las que son por este medio del ángel bueno, ordinariamente permite Dios que las entienda el adversario; lo uno, para que haga contra ellas lo que pudiere según la proporción de la justicia, y así no pueda alegar el demonio de su derecho, diciendo que no le dan lugar para conquistar al alma, como dijo de Job (1, 1-9). Lo cual sería si no le dejase Dios lugar a que hubiese cierta paridad en los dos guerreros, conviene a saber, el ángel bueno y el malo, acerca del alma, y así la victoria de cualquiera sea más estimada, y el alma victoriosa y fiel en la tentación sea más premiada.

7. Donde nos conviene notar que ésta es la causa por qué a la misma medida y modo que va Dios llevando al alma y habiéndose con ella, la licencia al demonio para que de esa misma manera se haya él con ella; que si tiene visiones verdaderas por medio del ángel bueno—que ordinariamente son por este medio, aunque se muestre Cristo, porque él en su misma persona casi nunca aparece—, también da Dios licencia al ángel malo para que en aquel mismo género se las pueda representar falsas, de manera que según son de aparentes, el alma que no es cauta, fácilmente puede

ser engañada, como muchas de esta manera lo han sido. De lo cual hay figura en el Exodo (7, 11-22, y 8, 7), donde se dice que todas las señales que hacía Moisés verdaderas, hacían también los magos de Faraón aparentes. Que si él sacaba ranas, ellos también las sacaban; si él volvía el agua en sangre, ellos también la volvían.

8. Y no sólo en este género de visiones corporales imita, sino también en las espirituales comunicaciones—que son por medio del ángel, alcanzándolas a ver, como decimos, porque, como dijo Job (41, 25): *Omne sublime videt*—imita y se entremete. Aunque en éstas, como son sin forma y figura—porque de razón del espíritu es no tenerla—, no las puede imitar y formar como las otras que debajo de alguna especie o figura se representan. Y así, para impugnarla, al mismo modo que el alma es visitada, represéntala su temeroso espíritu para impugnar y destruir espiritual con espiritual.

Cuando esto acaece así, al tiempo que el ángel bueno va a comunicar al alma la espiritual contemplación, no puede el alma ponerse tan presto en lo escondido y celado de la contemplación que no sea notada del demonio, y la alcance de vista con algún horror y turbación espiritual, a veces harto penosa para el alma. Y entonces algunas veces se puede el alma despedir presto, sin que haya lugar de hacer en ella impresión el dicho horror del espíritu malo; y se recoge dentro de sí, favorecida para esto de la eficaz merced espiritual que el ángel bueno entonces le hace.

9. Otras veces prevalece el demonio y comprende al alma la turbación y horror, lo cual es al

alma de mayor pena que ningún tormento de esta vida le podía ser; porque como esta horrenda comunicación va de espíritu a espíritu algo desnuda y claramente de todo lo que es cuerpo, es penosa sobre todo sentido; y dura esto algún tanto en el espíritu, no mucho, porque saldría el espíritu de las carnes con la vehemente comunicación del otro espíritu; después queda la memoria, que aquí basta para dar gran pena.

10. Todo esto que aquí habemos dicho pasa en el alma pasivamente sin ser ella parte en hacer ni deshacer acerca de ello. Pero es aquí de saber que cuando el ángel bueno permite al demonio esta ventaja de alcanzar al alma con este espiritual horror, hácelo para purificarla y disponerla con esta vigilia espiritual, para alguna gran fiesta y merced espiritual que la quiere hacer el que nunca mortifica, sino para dar vida, ni humilla, sino para ensalzar, lo cual acaece de allí a poco; que el alma, conforme a la purgación tenebrosa y horrible que padeció, goza de admirable y sabrosa contemplación espiritual, a veces tan subida, que no hay lenguaje para ella. Pero sutilizóle mucho el espíritu para poder recibir este bien el antecedente horror del espíritu malo; porque estas visiones espirituales más son de la otra vida que de ésta, y cuando se ve una, dispone para otra.

11. Lo dicho se entiende acerca de cuando visita Dios al alma por medio del ángel bueno, en lo cual no va ella, según se ha dicho, totalmente tan *a oscuras y en celada* que no le alcance algo el enemigo. Pero cuando Dios por Sí mismo la visita, entonces se verifica bien el dicho verso, porque totalmente *a oscuras y en celada* del enemigo recibe las mercedes espirituales de Dios. La

causa es porque como Su Majestad mora substancialmente en el alma, donde ni el ángel ni el demonio puede llegar a entender lo que pasa, no puede conocer las íntimas y secretas comunicaciones que entre ella y Dios allí pasan. Estas, por cuanto las hace el Señor por Sí mismo, totalmente son divinas y soberanas, porque todos son toques substanciales de divina unión entre el alma y Dios; en uno de los cuales, por ser éste el más alto grado de oración que hay, recibe el alma mayor bien que en todo el resto.

12. Porque éstos son los toques que ella le entró pidiendo en los Cantares (1, 1), diciendo: *Osculetur me osculo oris sui.* Que por ser cosa que tan a lo junto pasa con Dios, donde el alma con tantas ansias codicia llegar, estima y codicia un toque de esta Divinidad más que todas las demás mercedes que Dios le hace. Por lo cual, después que en los dichos Cantares le había hecho muchas, que ella allí le había contado, no hallándose satisfecha, pidiéndole estos toques divinos, dice (8, 1): *¿Quién te me dará, hermano mío, que te hallase yo sola afuera mamando los pechos de mi madre, para que con la boca de mi alma te besase, y así no me despreciase ni se me atreviese ninguno?* Dando por esto a entender que fuese la comunicación que Dios le hiciese por Sí solo, como vamos diciendo, afuera y a excusa de todas las criaturas, porque esto quiere decir: *Sola y afuera mamando,* esto es enjugando y apagando los pechos de los apetitos y afecciones de la parte sensitiva. Lo cual es cuando ya con libertad de espíritu, sin que la parte sensitiva alcance a impedirlo, ni el demonio por medio de ella a contradecirlo, goza el alma en sabor y paz íntima estos bienes. Que entonces no se le atrevería el demonio, porque no lo alcan-

zaría, ni podría llegar a entender estos divinos toques en la substancia del alma, en la amorosa substancia de Dios.

13. A este bien ninguno llega si no es por íntima purgación y desnudez y escondrijo espiritual de todo lo que es criatura; lo cual es *a oscuras*, como largamente habemos dicho atrás y decimos acerca de este verso. *En celada* y escondido, en el cual escondido, como ahora habemos dicho, se va confirmando el alma en la unión con Dios por amor, y por eso lo canta ella en el dicho verso, diciendo:

A oscuras y en celada.

14. Cuando acaece que aquellas mercedes se le hacen al alma *en celada*, que es sólo, como habemos dicho, en espíritu, suele en algunas de ellas el alma verse, sin saber cómo es aquello, tan apartada y alejada, según la parte espiritual y superior, de la porción inferior y sensitiva, que conoce en sí dos partes tan distintas entre sí, que le parece no tiene que ver la una con la otra, pareciéndole que está muy remota y apartada de la una. Y a la verdad, en cierta manera así lo está; porque según la operación, que entonces es toda espiritual, no comunica en la parte sensitiva. De esta suerte se va haciendo el alma toda espiritual; y en este escondrijo de contemplación unitiva se le acaban por sus términos de quitar las pasiones y apetitos espirituales en mucho grado. Y así, hablando de la porción superior del alma, dice luego en este último verso:

Estando ya mi casa sosegada.

CAPITULO 24

Acábase de explicar la segunda canción.

1. Lo cual es tanto como decir: Estando la porción superior de mi alma ya también como la inferior sosegada según sus apetitos y potencias, salí a la divina unión de amor de Dios.

2. Por cuanto de dos maneras por medio de aquella guerra de la oscura Noche, como queda dicho, es combatida y purgada el alma, conviene a saber, según la parte sensitiva y la espiritual con sus sentidos, potencias y pasiones, también de dos maneras, conviene a saber, según estas dos partes sensitiva y espiritual, con todas sus potencias y apetitos, viene el alma a conseguir paz y sosiego. Que por eso, como también queda dicho, repite dos veces este verso, conviene a saber, en esta canción y la pasada, por razón de estas dos porciones del alma, espiritual y sensitiva; las cuales, para poder ellas salir a la divina unión de amor, conviene que estén primero reformadas, ordenadas y quietas acerca de lo sensitivo y espiritual, conforme al modo del estado de la inocencia que había en Adán. Y así este verso, que en la primera canción se entendió del sosiego de la porción inferior y sensitiva; en esta segunda se entiende particularmente de la superior y espiritual, que por eso le ha repetido dos veces.

3. Este sosiego y quietud de esta casa espiritual viene a conseguir el alma, habitual y perfectamente—según esta condición de vida sufre—, por medio de los actos de toques substanciales de divina unión que acabamos de decir, que *en cela-*

da y escondido de la turbación del demonio y de los sentidos y pasiones, ha ido recibiendo de la Divinidad, en que el alma se ha ido purificando, como digo, sosegando y fortaleciendo y haciéndose estable para poder de asiento recibir la dicha unión, que es el divino desposorio entre el alma y el Hijo de Dios. El cual, luego que estas dos casas del alma se acaban de sosegar y fortalecer en uno con todos sus domésticos de potencias y apetitos, poniéndolas en sueño y silencio acerca de todas las cosas de arriba y de abajo, inmediatamente esta divina Sabiduría se une en el alma con un nuevo nudo de posesión de amor, y se cumple como ella lo dice en el libro de la Sabiduría (18, 14), diciendo: *Dum quietum silentium contineret omnia, et nox in suo cursu medium iter haberet, omnipitens sermo tuus Domine a regalibus sedibus* [*prosilivit*]. Lo mismo da a entender la Esposa en los Cantares (3, 4), diciendo que después que pasó de los que la desnudaron el manto de noche y la llagaron, halló al que deseaba su alma.

4. No se puede venir a esta unión sin gran pureza, y esta pureza no se alcanza sin gran desnudez de toda cosa criada y viva mortificación. Lo cual es significado por el desnudar el manto a la Esposa y llagarla de noche en la busca y pretensión del Esposo; porque el nuevo manto, que pretendía, del desposorio, no se le podía vestir sin desnudar el viejo. Por tanto, el que rehusare salir en la Noche ya dicha a buscar al Amado y ser desnudado de su voluntad y ser mortificado, sino que en su lecho y acomodamiento le busca, como hacía la Esposa, no llegará a hallarle, como esta alma dice de sí que lo halló, saliendo ya a oscuras y con ansias de amor.

CAPITULO 25

En que se declara la tercera canción.

En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía,
sino la que en el corazón ardía.

DECLARACION

1. Continuando todavía el alma la metáfora y semejanza de la noche temporal en esta suya espiritual, va todavía cantando y engrandeciendo las buenas propiedades que hay en ella, y que por medio de ella halló y llevó para que breve y seguramente consiguiese su deseado fin; de las cuales pone aquí tres.

2. La primera, dice, es que en esta dichosa Noche de contemplación lleva Dios al alma por tan solitario y secreto modo de contemplación y tan remoto y ajeno del sentido, que cosa ninguna ni perteneciente a él, ni toque de criatura alcanza a llegarle al alma, de manera que la estorbase y detuviese en el camino de la unión de amor.

3. La segunda propiedad que dice es por causa de las tinieblas espirituales de esta Noche, en que todas las potencias de la parte superior del alma están a oscuras; no mirando el alma ni pudiendo mirar en nada, no se detiene en nada fuera de Dios para ir a Él, por cuanto va libre de los obstáculos de formas y figuras, y de las aprensiones

naturales, que son las que suelen empachar al alma para no se unir en el siempre ser de Dios.

4. La tercera es que, aunque ni va arrimada a alguna particular luz interior del entendimiento ni a alguna guía exterior para recibir satisfacción de ella en este alto camino, teniéndola privada de todo esto estas oscuras tinieblas; pero el amor solo que en este tiempo arde, solicitando el corazón por el Amado, es el que mueve y guía al alma entonces, y la hace volar a su Dios por el camino de la soledad, sin ella saber cómo ni de qué manera.

Síguese el verso

En la noche dichosa (1).

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

---

(1) Así terminan casi todos los manuscritos. La obra queda incompleta, quedando sin interpretar *seis* de las *ocho* canciones.